

dad de la crítica nos haya obligado á mencionar no sólo las muchas bellezas, sino también las imperfecciones ó los defectos que, por desgracia, aparecen en las poesías del gran vate zacatecano. Al obrar así, hemos cumplido con el deber que pesaba sobre nuestros débiles hombros, desde el momento en que aceptamos el desempeño de una obra erizada de inconvenientes y dificultades.

Queda, pues, terminada nuestra tarea, y sólo nos resta solicitar para ella la indulgencia de los lectores, y colocar sobre la frente del poeta una corona de inmarcesible laurel. ¡Gloria á Calderón, que tanto nombre y lustre dió á la República, y eterna fama á su preclaro ingenio, cuyas obras inmortales serán siempre motivo de justo y levantado orgullo para la patria!

Puebla, Febrero de 1881.

RAFAEL B. DE LA COLINA.



## DATOS BIOGRAFICOS.

D. Fernando Calderón, hijo de la ciudad de Guadalajara, nació el 20 de julio de 1809, de una distinguida familia zacatecana, la cual se esmeró en darle una buena educación, pues felizmente abundaba en los necesarios recursos para hacerlo. Desde muy niño tuvo afición decidida á la lectura, y fué estudioso y aplicado á grado tal, que á los quince años hacía ya muy buenos versos y se distinguía por su saber entre sus compañeros; siendo digno de notar que debido á esa misma aplicación alcanzó á recibirse de abogado el año de 1829, es decir, cuando sólo contaba veinte de edad. Escribió un ensayo dramático con el título de "Reinaldo y Elina," bastante bueno para su corta

Calderón.—D



edad, que fué representado con regular éxito en el teatro de Guadalajara; y otros no menos felices.

Concluidos sus estudios, pasó á Zacatecas, en donde comenzó á ejercer su honrosa profesión, sin abandonar por eso el cultivo de la poesía; pues al contrario, dió á la escena en el teatro de esa ciudad nuevas piezas dramáticas que hicieron su nombre popular y apreciable. Contribuyendo, acaso principalmente, este triunfo á despertar en él deseos de figurar en otra esfera, pronto se mezcló en la política del Estado, llegando su entusiasmo por ella hasta obligarlo á tomar las armas en 1835 para defender y proteger las tendencias de su partido; en ese mismo año quedó herido gravemente en un combate. A poco fué desterrado del Estado por el gobierno del mismo; y con tal motivo vino á refugiarse á México abandonando así el manejo y administración de sus intereses. En esta ciudad, debido sin duda á sus pocas relaciones, sufrió al principio algunas escaseces; pero pronto su fama literaria le proporcionó la amistad de algunas personas ilustradas é influyentes, quienes se apresuraron á presentarlo á la Academia de Letrán, fundada hacía poco, la cual lo recibió gustosa en su seno.

Allí, en medio de las luminosas discusiones de D. Joaquín Pesado, de Lacunza

y otros literatos inolvidables, se despertaron en nuestro Calderón nuevas y brillantes facultades; se afinó su gusto literario, estudió los buenos modelos, y se aprovechó, finalmente, de la experiencia, saber y erudición de sus nuevos amigos: las composiciones de entonces revelan estudios y detenimiento, tienen un lenguaje más cuidado y la locución es más clara y natural.

Calderón, en las consultas que hacía á aquellos distinguidos maestros, se mostraba siempre dócil y atento á sus indicaciones, aceptaba sus correcciones y seguía el camino que ellos le marcaban; en una palabra, su residencia en México le fué sumamente útil y provechosa. Por aquel tiempo corrigió y dió á la escena algunas de las obras que ya tenía escritas y otras que nuevamente compuso, como "A ninguna de las tres," "El Torneo," "Ana Bolena" y "Hérmán ó la Vuelta del Cruzado." Los triunfos que Calderón obtuvo con la representación de estas composiciones, influyeron seguidamente en que D. José María Tornel, Ministro de la Guerra, y en todo tiempo amigo y protector de los amantes de las letras, se empeñase con el Gobierno de Zacatecas para que levantara á autor tan distinguido el destierro que pesaba sobre él, pues que "el genio"—decía—"no tiene enemigos, y los talentos



deben respetarse por las revoluciones." Oída y atendida como lo merecía esta petición, Calderón pudo ya volver á Zacatecas, en donde algún tiempo después de su llegada fué nombrado secretario del Tribunal de Justicia; en seguida electo diputado, y por último, llamado á desempeñar la Secretaría de Gobierno. Retirado á la vida privada, en donde no escasearon para él los cuidados de familia ni las tribulaciones de ingratitudes y olvido, una terrible enfermedad, que durante un año lo tuvo postrado en el lecho del dolor, lo llevó al sepulcro el 18 de enero de 1845, en la villa de Ojocaliente, lugar de su residencia, á la temprana edad de 36 años. Dejó sin concluir un drama con el título de "El Caballero Negro," y un poema con el de "La Creación." Sus obras dramáticas se publicaron dos veces: una edición apareció con prólogo de D. José Joaquín Pesado, y otra con uno de D. Manuel Payno. "Se notará en las obras de Calderón—dice el primero—algunos defectos, algunos descuidos, algunas incorrecciones, pero en cambio ¡cuánta poesía, cuánta dulzura, y á veces cuánto fuego! Su locución es clara, sus pensamientos exactos, sus pasiones nobles, y siempre caballerescos sus sentimientos. En ellos, como que se pinta ó revela el alma del autor: así es que al pasar la vista por sus pági-

nas se sienten movidos los afectos y arrebatado el corazón. Sus mismos descuidos son hijos de su facilidad, defecto común en los ingenios dotados de aquella rica prenda.

"El lector perdona los ligeros defectos que hay en la obra, en cambio del raudal de armonía que lo suspende."

Calderón es más notable y digno de admiración como poeta lírico que como dramático. Sus obras para el teatro, calificadas por el señor Couto de "ensayos felices," adolecen, por lo general, de los defectos que el romanticismo produjo en nuestra literatura: el lenguaje, si bien es fácil y animado, tiene á veces cierta profusión de adornos que le quitan la naturalidad; la acción camina en medio de muchas circunstancias, que, además de dividir la atención, dejan adivinar pronto el desenlace. Por lo demás, los versos son muy bellos, armoniosos y fluidos.

Calderón, pues, merece justamente ser contado entre nuestros mejores poetas, y la popularidad de que gozan algunos de sus dramas, acredita su mérito: conviene también no olvidar que él y Rodríguez Galván dieron eficaz impulso á nuestro teatro, en una época en que todos se dedicaban á la poesía puramente lírica.